

cho bajo la fe de tu promesa!... ¡Manténla, por lo pronto! ¡Después... ya veremos!

—¡Yo no tengo más que una palabra! ¡la cumpliré! ¡Esperaré!

—¡Adiós, pues! ¡Pero cualquiera que sea tu resolución, piensa que si no eres mía, no serás de nadie!

Ella hizo un gesto de duda y de resignación á la vez.

En el momento en que los paseantes, cuyas voces se habían oído, llegaban á la torre, el doctor desapareció por la escalera por donde había subido.

Entonces la joven se inclinó sobre la senda suspendida en el vacío, y llamó con un grito.

Apareció una cabeza ligeramente congestionada, tanto por la emoción como por los ardientes rayos que el sol del Mediodía dejaba caer sobre las ruinas.

Era la cabeza del barón Pablo d'Aubagny.

XXIII

Al tiempo que esto sucedía en Murols, Matilde estaba encerrada en su habitación, en su pequeña casita de Mont-Dore.

El sitio no era á propósito para despertar ideas alegres.

Era una de esas habitaciones de baños desprovistas de esos objetos familiares cuya compañía nos es grata como la de antiguos y buenos amigos.

Los muros estaban decorados con un papel claro, para evitar que la humedad, estropeando las pinturas y los dibujos, hiciera precisa la renovación frecuente.

El único mueble algo confortable era una meridiana que Fabregues había comprado en Clermont, diciendo á la joven:

—¿Qué importa el interior de la casa? Allí está la salud.

Y á la vez señalaba con un gesto las montañas, entre las que se ocultan Mont-Dore y sus bienchores manantiales.

Por algún tiempo, Matilde había prestado fe á estas falaces promesas.

¡La salud! ¡La vida! ¡Con qué afán esperaba la realización de esta profecía, en que no creía el profeta mismo!

Sin embargo, parecía justificada.

El aire puro y ligero de las montañas, la eficacia y la virtud de las aguas de Mont-Dore habían prestado fuerzas á la joven en los primeros días de tratamiento.

Pero á esta efímera resurrección sucedió el desfallecimiento, y la doliente pasaba casi todo el día postrada.

Aquel día, Matilde, después de almorzar sola, tendida como una oriental sobre su diván, miraba con indiferencia la gente que discurría bajo sus ventanas.

¡Cómo echaba de menos París y el Grand Hotel, el palacio de Breville y sus perspectivas; los viejos criados que tanto la querían y en cu-

yos ojos leía la compasión que le inspiraba, ella, qué lo tenía todo: nombre honrado, juventud, belleza y el prestigio que da una gran fortuna. Todo, excepto la salud, el más precioso de los bienes.

Y había creído recobrar ese bien; se le había ofrecido y no se le daba.

Todo lo había sacrificado á esta esperanza.

Ante esta idea, suspiraba.

De pronto brilló un destello de alegría en sus ojos.

Ante el portico de la iglesia, que daba en frente de su habitación, había visto detenerse dos personas, que designaban su casa diciendo:

—Es aquella.

Al poco tiempo la criada anunció dos visitas.

Matilde se había ya levantado y procuraba ocultar ante su tocador las apariencias de tristeza que reflejaban en su rostro.

—Está bien—dijo;—ya sé... los he visto... Hacedlos entrar.

Dos minutos después pasaba de los brazos de su tía á los del oficial de Bures, que la colmaban de caricias.

¡Ay! ¿De qué podían acusarla?

De un momento de locura, en el ardor de la juventud, que le hacía aspirar con delicia las promesas de vida que halagaban su corazón.

Los dos la querían demasiado para no perdonarla.

Una emoción extraordinaria se revélaba en el rostro del militar.

Adoraba á aquella Matilde, á la que había visto crecer; mejor dicho, sentía por ella un culto tan exclusivo que le impedía unirse á cualquiera otra mujer.

Y ella estaba allí, ante él, pero perteneciendo á otro, que la había arrebatado como esos piratas que hacen su botín desembarcando de improviso sobre las costas. ¡Y si todavía aquel bribón la hubiese arrebatado para salvarla!

El oficial sentía deseos de llorar en presencia de aquella moribunda.

—Ven,—dijo Matilde á su tía, llevándola hacia el salón, si se puede llamar así á la reducida pieza que antes servía de sala de consultas al doctor Fabregues.

—¿Es aquí donde habitas?—preguntó la señora de Breville.

—Ya lo ves... Cómo solo estamos de paso. ¿Comprendes?...

—Comprendo que estás mal, y eso es todo.

—Estamos aquí tan poco...

—Tú si estás, puesto que felizmente te hemos encontrado aquí. En fin, si te agrada...

—Tengo conmigo á Juliana,—dijo la joven dirigiendo á su tía una mirada suplicante.

Todo estaba contenido en aquella frase: «Tengo á Juliana» quería decir, «tengo todo cuanto me queda de mi antigua existencia. Juliana me recuerda el pasado y me habla de vosotros. No tengo nada más.»

Su tía la abrazó estrechándola con ternura sobre su pecho.

—¡Pobre, pobre niña!—murmuraba.

El oficial se volvió para ocultar una lágrima que resbalaba por su mejilla.

—¿Estás sola?—continuó la baronesa.—Se nos ha dicho así en el hotel Pavillón.

—¿Os apeastéis allí?

—Hace un instante: he estado ocho días en Clermont, en casa de Pedro...

—¿Por qué no habéis venido antes?

—Temíamos molestarte.

—¡Vosotros!

—Sí, nosotros, nosotros. Este cambio tan súbito, casi sin saber donde hallarte.

—Os escribi...

—Viajabas, y además, en los primeros meses de un matrimonio... Pero dejemos esto y hablemos de tí. Mírame de frente,—le dijo poniéndole las manos sobre los hombros.—¿Eres dichosa?

Matilde miró á su primo, que le volvía la espalda y parecía distraído mirando á la calle, y respondió en voz baja:

—Sería dichosa si estuvierais á mi lado, como en otro tiempo.

—Demasiado sabes que es imposible.

—¡Ay!

—Pero en adelante estaremos donde estés, aquí ó en otra parte... «Tú perteneces á este hombre.»

La baronesa dijo «á este hombre» después de un instante de vacilación. No tuvo valor para decir: «tu marido».

En seguida añadió:

—Pero también nos perteneces. No se nos puede prohibir que te veamos, que cuidemos de tí. ¿No eres casi mi hija? Una madre no cede nunca sus derechos.

—¡Ah, mi buena tía!

—Vamos, puesto que tenemos la suerte de encontrarte sola...

—¿Sabeis que el doctor está ausente?

—Sí, nos lo ha dicho una mujer...

—Miétte.

—No sé cómo se llama... una alta, morena...

—Sí, es Miétte... algunas veces solemos comer en el hotel Pavillón.

—Ella nos ha dicho: Mr. Fabregues ha salido en coche hacia Murols.

—Va á ver á sus amigos—dijo Matilde—para excusarlo. Yo estaba fatigada esta mañana, muy débil...

Al decir esto le acometió un golpe de tos que hizo palidecer á la baronesa.

—¿Cómo vá la salud?

—Ahora estoy en tratamiento. En los primeros días me parecía que recobraba las fuerzas... Creo que he abusado de la mejoría... Este país es tan hermoso que siente una tentaciones de salir, de pasear, de imitar á los demás que trepan por las montañas... Hay sitios maravillosos, puntos de vista soberbios. Ya verás, si estais algún tiempo aquí, que sí estarás, ¿verdad?

—Regreso á Clermont, pero volveré. ¿Y en qué consiste el tratamiento?

—¡Oh! es bastante duro. Por la mañana á las seis, un baño casi hirviendo, después una ducha de vapor; luego estoy tres cuartos de hora en la sala de inhalaciones; en seguida bebo el agua y vuelvo á casa, donde duermo hasta la hora de almorzar.

Y todos los días lo mismo.

Estos baños enrojecen la piel y parece que ahogan al pronto, pero luego se experimenta un delicioso bienestar.

El resto del tiempo, paseo cuando puedo.

Salgo todos los días, pero me parece que no puedo más.

Y al decir esto, procuró sonreirse.

El oficial se había vuelto y la observaba atentamente con visible emoción.

Matilde le llamó y le dijo:

—¿Me encuentras muy cambiada, verdad?

Fué tan imprevista esta pregunta, que el joven no pudo evitar que escaparan de sus ojos las lágrimas.

Irritado contra sí mismo, hizo un esfuerzo para serenarse y dijo:

—No tengas aprensión. No es tu salud lo que más me inquieta.

—¿Pues qué es, entonces?

—Otra cosa.

—¿No puedes decírmela?

—Sí. Temo que hayas comprometido tu porvenir.

—Será tan corto...—murmuró ella.

—Siempre esas ideas...

—Escucha, Pedro; sé que me amas como yo os amo, lo mismo á mi tía que á tí, con toda el alma; pero precisamente vuestra ternura os ha hecho traición. En los cuidados extremos de que me hacíais objeto, en la inquietud que leía en vuestros ojos, adiviné la suerte que me esperaba. Además, algunas imprudencias de los criados me han revelado el pasado... Se decía: «Está como su madre», y más de una vez, arrojada sobre su tumba, he leído grabadas en el mármol estas palabras, que me parecían una profecía: «Muerta á los veintitres años.» Por eso tenía ambición de vivir. Yo hubiera querido estar siempre con vosotros que sois tan buenos. Yo temía la tristeza de una separación por vosotros mismos. Un día se apoderó de mí una loca esperanza. Un hombre me prometió la vida que tanto deseaba.

Matilde cerró los ojos, no atreviéndose á mirar al oficial, cuyo rostro casi tocaba al suyo, recogiendo con avidez sus palabras.

Ella añadió con voz temblorosa :

—Sí, Pedro; yo hubiera querido tener fuerza y salud, porque conocía que mi debilidad y mi dolencia eran el obstáculo levantado entre mi felicidad y yo. Un día comprendí que esta felicidad era imposible; después de una conversación decisiva, y no pudiendo ya esperar nada, experimenté el desaliento, el vértigo, la locura: esta es la verdad.

Hablaba la joven con angelical dulzura. Pero en las últimas frases apoyaba la pronuncia-

ción en cada palabra, como temiendo que su primo no comprendiese el sentido que encebrraban.

El pasado se representaba en la memoria del joven: se acordaba de la ansiedad con que ella le preguntaba, con que le pedía consejos, y del silencio suyo refrenando todos los impulsos del corazón.

Comprendió que el despecho de un amor no correspondido la había arrojado en brazos de Fabregues; que un minuto de desesperación la había perdido.

¿Qué decir ni qué hacer?

Ya no tenía remedio.

—Desde entonces —añadió ella, bajando la voz y llevando la mano al corazón,—aquí está mi verdadera dolencia, que nadie puede curar.

—¡Querida Matilde!—murmuró el oficial estrechándola entre sus brazos con apasionado ardor.

El'a se abandonó á esta caricia y quedó un instante casi desvanecida, cerca su corazón del corazón del único hombre á quien había amado.

El la volvió á recostar cuidadosamente sobre el canapé, y ella, en medio de su desvanecimiento, le oyó murmurar á sus oídos estas palabras, que no debía olvidar.

—Y yo también, pobre niña, yo también te adoro.

Ella le dió las gracias con una mirada en que puso su alma entera y respondió:

—Me has dado la felicidad que deseaba. Soy dichosa.

En este momento Juliana anunció al doctor Jordal.

El semblante de la enferma se iluminó.

—¿Quién es el doctor Jordal?—preguntó la señora de Breville.

—Le conozco por su fama—dijo el oficial.— Tiene muchos amigos en Clermont.

—Es una excelente persona—dijo la joven —un verdadero amigo.

—¿Le has consultado?

Un vivo rubor coloreó el rostro de Matilde.

—Mi marido le ha hecho venir dos ó tres veces; tiene mucha confianza en él.

—¿Y tú?

—Para mí, ya lo he dicho, es un amigo.

El doctor entró, deteniéndose á la puerta al ver al militar y á la baronesa.

Al cabo de cinco minutos, el doctor, la señora de Breville y Pedro de Bures, conversaban familiarmente.

Jordal explicó el objeto de su visita.

Había venido varias veces á visitar á la joven á petición de su compañero Fabregues.

A cada visita se mostraba más admirado de los progresos de la curación.

La experiencia de Jordal es de las que no se discuten.

La señora de Breville le preguntó:

El procuró tranquilizarla y cuando le habló de la debilidad de que se quejaba su sobrina

hacía algunos días, él se encogió de hombros, como persona acostumbrada á estas lamentaciones.

—No hay enfermo que no sienta lo mismo, —dijo.

Los síntomas alarmantes que el doctor Fabregues había notado en la consulta de la calle de Luis el Grande, en casa de su amigo Bordat, habían desaparecido ó se habían atenuado hasta el punto de alejar todo peligro inminente, atestigüando el poder de las aguas de Mont-Dore.

Ciertamente, el estado de Matilde había sido demasiado grave; pero la mejoría era tal que podía creerse conjurado el mal. De todos modos, el peligro inminente había desaparecido.

—¿Sabéis—dijo Jordal abordando directamente el objeto de su visita, que tenemos una fiesta dentro de tres días?

—¡Una fiesta!...—dijo la joven tristemente.

—Un concierto. El programa es soberbio. Contamos con la flor y nata de la Opera: Royat, Clermont, la Bourboule, Saint Nectaire acudirán. Es preciso pensar en los pobres. He creído que la señora no nos negaría su concurso—dijo Jordal mirando á Matilde. Los luises lloverán en su bolsa.

—Pero doctor, ¡si estoy tan débil!...

—Es preciso animarse... Os falta valor. Os encontraréis bien... alcanzaréis un éxito enorme. Ya veréis. Se trata de una obra de caridad. ¿Acceptais?...

El semblante del doctor revelaba tanta alegría, tanto afecto y era tan persuasivo que no había medio de negarse.

—¿Puedo acaso rehusar?—dijo Matilde.

—Sea en horabuena. Voy á comunicar la buena nueva á mis amigos y compañeros.

—Vos diréis lo que debo hacer.

Jordal sacó del bolsillo un billete de cien francos y lo entregó á su cliente, diciendo:

—Quiero estrenar vuestro limosnero.

Y se alejó sin pronunciar ni una sola vez el nombre de Fabregues ni hacer alusión á aquel sér á quien lo mismo la tia que el primo debían execrar.

La señora de Breville acompañó al doctor hasta la calle y le preguntó, sin apartar de él la mirada:

—¿Cuál es vuestro pronóstico, doctor?

—Muy bueno.

—¿Podría salvarse?...

—Al menos puede prolongarse la vida bastante... Cuidados, el cariño, que la conforta y la sostiene: hé aquí lo que necesita.

—¿No hay peligro, entonces?

—Por el momento, ninguno.

—Gracias.

La baronesa estrechó con fuerza la mano del doctor Jordal, que se alejó á grandes pasos.

—¡Bella persona! —pensaba.

—Qué buenas gentes!—decía el doctor Jordal por su parte.—¿Cómo la han dejado caer en semejantes manos! Esa joven es un angel de Dios.